

EL SURCO OBLICUO.

El Habitar en el Suelo Americano.

En La “Reflexión” Cotidiana Humberto Giannini ha realizado una fenomenología sorprendente del viaje cotidiano. Según ésta, la vida del ciudadano se configura como un desplazamiento permanente entre polos referenciales e entitativos: del domicilio al trabajo, del trabajo a la plaza y al bar y de vuelta al domicilio.

Para Giannini el viaje comporta una trayectoria circular, es decir, exige siempre el retorno al punto cero (el domicilio), al lugar de arraigo: “la rotación cotidiana, - escribe - se configura alrededor del punto *al* que se regresa siempre y *desde* cualquier horizonte”

Lugar de la interioridad del sujeto, esto es, de la identidad: “[...] El regreso a sí mismo [...] esta simbolizado por este recogimiento cotidiano en un domicilio”¹

El domicilio, de este modo, coincide con la subjetividad, lo que lo revierte a la postre en un trascendental: la intimidad trascendental de la meditación cartesiana en la que doy sentido al todo: esto es Destino al viaje.

Pero, esta búsqueda del *destino como sentido* comporta una cierto vicio nostálgico o más específicamente regresivo. Pues el retorno al domicilio – la intimidad del sujeto - no es otro que el soñado retorno al útero de la madre: el punto cero por excelencia, el cero: el Ser.

Si todo viaje tiene relación con un Destino, es la búsqueda de este último el motor. En el caso de Giannini el motor - es un *kinoûn akínêton* - un motor inmóvil, la anticipación calculada del destino. ¿Acaso la vibración soterrada de una inteligencia técnica?²

Pero la trayectoria puede también estar dispuesta por la casualidad: la *fortuna (Tyché)*. Pero por fortuna se entiende el Encuentro intempestivo. El verbo *tynchanô* dice precisamente esa sorpresa del encontrarse o reconocerse en una situación inesperada. Un viaje desde el azar es un encuentro con el destino y no anticipación calculada. Pero en el camino del viajero no solo se encuentra sorpresivamente el Destino que marcará la vida - como en el caso de Edipo quien en la triple encrucijada da-muerte a su padre con lo que logra sucederlo y se hace soberano de Tebas, no por nada su *madre* lo bautizará: hijo de la fortuna, - desde ahora el nombre propio, entonces el nombre de la madre, la madre como el desamparo

¹ Giannini, La “Reflexión Cotidiana”, p.23

² O posiblemente el peligro de una concepción *técnica* del viaje

del azar³. En las encrucijadas se encuentran también los otros viajeros que traen historias de sus lugares de pertenencia. Y en el alto de la marcha se cuentan las historias. El viaje como encuentro es el *origen del mito*. Y todo mito relata un destino. El encuentro del viajero es *relato del destino* que es lo mismo que su acontecimiento: el destino sucede en la lengua.

Pero hay algo que solemos olvidar en todo relato de viaje. Y es que todo viaje supone un abandono, y un abandono supone a un qué o a un alguien que aguarda, que espera. Por ello un coloquio sobre viaje y pertenencia⁴ lo es, ante todo, acerca de PARTIDAS Y ESPERAS.

Aquí Penélope se nos aparece desde los meandros de su urdimbre Aquí es donde Penélope deja de ser la anécdota de Ulises para ser el habla. ¿Pero a qué tanto misterio? Tal vez porque se hace imperioso pensar el viaje suspendido de su materialidad, entonces pensar el viaje estático, el viaje en el punto – disculpen – ¿acaso una metafísica del viaje?⁵

Hay un cuadro de Botticelli, llamado Venus y Marte. En él, lo primero que llama nuestra atención, es el formato extendido que se conjura con la dilatación sinuosa y reposada de estas dos divinidades del *deseo*. A la izquierda se aposenta Venus, la pulsión erótica, en el otro extremo se desparrama Marte, la pulsión de muerte; y entre ambos, unas figuritas pequeñas punzetean el *oído* del que duerme como si quisieran hacerle testigo de algo: [“nadie duerme acompañado, siempre se duerme solo” le increpa la preciosa Jean Seberg nada menos que a Jean Paul Belmondo en Sin Aliento la emblemática película de Goddard]

Dormir es abandonar y por eso, una forma de viajar. Por lo mismo Venus y Marte, más bien podría haberse titulado *Venus vigilat, Mars dormit*⁶.

Es cierto ambos reposan, mas no del mismo modo.

¿Y por qué Venus la mujer y Marte el hombre descansan?

³ Sófocles, Edipo Tirano, 1077

⁴ El presente texto fue preparado para el **6º Coloquio de Suelo Americano**. Escuela de Arquitectura Universidad ARCIS.

⁵ Es interesante recordar aquí el breve apéndice de Giannini en la Experiencia Moral, “Almas domiciliadas y almas callejeras” Sin embargo la visión del pensador chileno es opuesta a la que intentaré en el presente texto. Giannini confunde Esperar con esperanza, su Penélope es ascética, teje y cuenta el tiempo instalándose - fuera-del-tiempo - se sustrae de la contingencia, tornándose *ingrÁvida*. Este estado ingrÁvido contrasta con la corporalidad del suelo que proponemos, pues encierra el arquetipo protector de la Madre, en donde el viajero se define por el deseo neurótico del retorno al útero.

⁶ *Venus está despierta, Marte duerme*

El alto de Boticelli parece representar lo póstumo del deseo y de la entrega. Luego de amarse Venus y Marte, el hombre duerme y la mujer espera. El que duerme siempre abandona, al que se mantiene en la espera alerta del deseo. Y lo que en el acto parece ser uno en la indiferencia del deseo – que es la falta – aparecen siendo dos.

Impávida – esta Venus - su mirada despliega todo el potencial del femenino.

¿Espera?

Calma. La mujer cultiva el instante.

Impávida mas no indolente.

¿Espera?

A su vez cuida protegiendo al hombre, quien yace en todo su esplendor viril: dormido. Apenas dormido y quien duerme, confía.

¿En qué?

La calma frente a la voluptuosidad del varón

La serenidad alerta y dulce...

Pero hay en ella algo perturbador. Un cierto gesto de estupor. La mirada sale del cuadro y no se dirige a ninguno de los presentes, sin embargo hiera. La mirada se retiene como la de quien está obligado a esperar el retorno de un ausente.

Tal vez piensa en esa consabida maldición de género:

La Tierra es dulce cual humano labio,
como era dulce cuando te tenía,
y toda está ceñida de caminos...
Eterno amor te espero todavía
(G. Mistral, CANCIONES DE SOLVEIG)

La mirada que se mira reteniendo (se) es mirada que desea, el deseo mismo: el amor. Lo cierto que, aunque pareciera flotar ella reposa sobre la tierra y bien puesta, ocupando el sitio como suyo:

Suena la azada en lo hondo de este valle
donde rendida el corazón reclino.
Antiguo amor, te espero todavía:
la tierra esta ceñida de caminos
(CANCIONES DE SOLVEIG)

Entonces Ella espera.

En la quietud ella espera y en la espera en-sueña, no sueña, en-sueña. El en-sueño es un viaje que permanece reverberando en los lindes del propio entorno. El ensueño no traspasa, sino que

apropia lo cercano, -el mundo- Ella espera y porque espera también contempla. Contemplar es la observación minuciosa e íntima del entorno, entonces sentir amor por lo concreto, pero concreto no es tan sólo la materialidad, ante todo lo que estremece desde-dentro / por dentro, esto es e-moción. Ella e-mociona ante el mundo - su propiedad - asiste a su apertura (*patheîn*). El que sueña, en cambio, viaja en sentido propio, y aunque en el viajar esta la posibilidad del Encuentro, sin el reposo de la espera deviene confuso y extraviado.

Pero ella – la mujer - Venus - no sólo espera, sino que en vigilia cuida. Mientras Marte duerme, la mujer cuida del mundo, del que es dueña, a Marte el hombre. El cuidado de Venus viene a ser la salvación del extravío de Marte. Sin Venus, este Marte pierde el rumbo, como quien pierde el paso en un baile.

¿Pero que signa aquí el extraviarse?

Marte duerme, esto es, sueña. Y quien sueña viaja en sentido propio.

Marte duerme – sin *importarle* el mundo – y por ello traspasa sus límites. Como viaja, no le pertenece el mundo, no habita sino en los caminos. Quien viaja, en tanto fuera-del-mundo-irremediabilmente enferma. La enfermedad es la imposibilidad de toda pertenencia.

La enfermedad es uno de los nombres de la falta, La falta es pues aquello que impronta el destino, la cosa misma del viaje. Si el viaje es la posibilidad del encuentro, este solo acontece desde el reconocimiento de esta pérdida, y es esto lo que nombramos como extravío. Que al que viaja le ocurre extraviarse significa que pierde su tiempo y lugar, le falta la pertenencia de su esencia. Pero esta no es todavía la falta más radical.

El extravío en el camino provoca una detención forzada, detención que no es la espera, sino el agobio y la desazón, esto es la falta misma del deseo, la imposibilidad más radical, la frigidez de la época ⁷

Así entonces, mientras Venus vigila y cuida, en la enfermedad cura y salva. La Espera es en cierto modo la posibilidad primera del encuentro, mas no directa. Es sólo en la calma de la espera que se recoge la perdida en tanto pérdida, reconocimiento de la indiferencia del deseo como tal, la posibilidad de su reversión entonces, del sobresalto. La cosa es el deseo, pero la cosa es sobre todo, su sombra. ⁸

⁷ cf. F. Nietzsche, La Voluntad de Poder, especialmente los párrafos 23 al 28.

⁸ "(El filósofo) se retrae de la luz demasiado intensa; por ello se retrae de su época y de la actualidad de ésta. En esto es como una sombra: cuanto más se oculta el sol, más grande se hace." Nietzsche, La Genealogía de la Moral, p.136

Pero quien espera, aunque salva, porque no conoce el extravío en el emocionar del mundo, tampoco por sí asiste al encuentro.

La enfermedad - por otra parte - de quien espera es la fijación persistente en la ausencia misma, y por ello quien espera se empeña en retener y avocar hacia él.

El dolor de la persistencia es también la imposibilidad, la falta en su sesgo más público: el duelo que no acaba. Por ello la retención puede ser a veces una contracción del deseo en tanto, dolor de la espera pasiva: la nostalgia.

El que espera nunca viaja en sentido propio, quien no viaja no aban-dona, en cambio sí es aban-donada por quien duerme.

El encuentro, entonces, no sucede ni en el extravío que no espera - que no da - como en la espera que no abierta -al don, anhela el regreso del desaparecido y no resiste, como "sangrar por cicatrices cerradas hace mucho"⁹

Por lo mismo Viaje y Espera no son los dos polos de una dialéctica de la identidad, su operación es la simultaneidad reversible de lo paradójal. Sin anterioridad del uno sobre el otro, se piden en el estado abierto de la recepción: donar y ser donado. No hay Ulises sin Penélope, no hay Penélope sin Ulises - significa: Penélope y Ulises se dan a la vez.

La espera cura el extravío del viaje y el viaje deja ver el encuentro, ya no en la detención impaciente, antes bien, en la espera serena y *grávida* de Venus.

Ahora bien, ¿qué es lo que se apropia sino el suelo sobre el que se yace? Pero entiéndase bien, el suelo no es un signo ascético, El suelo como el lugar propio es donde nos toca esperar y la espera marca el lugar, esto es, lo inscribe materialmente, de la misma forma como dejan un surco los árboles que caen en el camino

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan
apretados de amor, como tres ciegos.
(Mistral, TRES ÁRBOLES)

⁹ id., p155

No es posible separar al que yace, de lo que recibe, al árbol de la tierra, y como en aquella cómica conversación de los muertos – los árboles- en Pedro Páramo. Cada muerto ahí coincide plenamente con su fosa – ya no común - a tal extremo que convierte el cementerio en tertulia. En Rulfo el suelo de los muertos no requiere de cripta, pues éstos emergen desde la Voz. El muerto es cripta de sí, la muerte sin referente: la desolación

“-Pues la *desolación* como escritura del fin de toda desolación, cuando no es el poder escribir -y repetir-, como el nombre “propio”, el prestado nombre del otro, cuando es un acudir a Dioses que pongan fin a la desolación, sólo es un *poema*, un imposible poema...” (Patricio Marchant (P.M), Sobre Árboles y Madres p. 251)

.... como el golpe seco del árbol al desplomarse - como la huella del árbol muerto.

El suelo como espacio, entonces, no es un receptáculo de un cuerpo. El suelo es el surco de esa caída en el tiempo. El *suelo-se-da con el cuerpo*, en la inscripción y como inscripción. El suelo mismo es escritura.

Y si no hay pertenencia sin Espera, entonces la escritura es la pertenencia. Pero la pertenencia de este modo – a su vez nos remite a algo otro:

“El hombre es un ser localizado. Su estado constitutivo es el de aparecer arrojado sobre dos suelos primarios: la madre tierra y la lengua madre [...]

Pertenencia doble: a tierra y lengua. Las dos conforman la duplicidad del *territorio*. Porque tierra es, también una *trama de significación*, en equivalencia a la lengua.”¹⁰

Ahora sí, y finalmente hemos llegado al punto: La Madre

Si todo viaje nos remitía a una pérdida y a una vigilia atenta, era que nos remitía a una referencia primordial: el lecho al que siempre *se vuelve*. Y si la que espera es la mujer, la mujer es madre cuando ampara al amado.

No obstante, no somos nosotros los arrojados a la madre (sic. Van de Wyngard), como si ella estuviera ya constituida: aparecer arrojados, encontrarse entonces, desde ya EN-Lugar. La madre se

¹⁰ Fernando Van de Wyngard, *De Sitio y No-Lugar.*, en Ciudad. Ed. El Aristotélico Siniestro, Stgo. 2000.

constituye de golpe en el despojarse de su hijo. Ella es la que abandona.

Y una vez más Marchant, esta vez citando a Grodeck:

“La madre es, [...] la fuerza creadora del mundo. Simultáneamente es, al mismo tiempo, la causante de su muerte, pues los seres humanos mueren todos del problema de la madre [...] de que ellos no logran salir del hecho de que no pueden reunirse con la madre...” (p.181)

El suelo no es uterino, porque la Madre no es un a priori o un trascendental, ni la maternidad es naturaleza

“No hay milagro más cruel que éste.
Soy arrastrada por caballos, los cascos de hierro.
Lo resisto. Lo resisto todo. Hago mi trabajo.
Túnel oscuro a través del cual las visitas son arrojadas.
Las visitas, las manifestaciones, los rostros sorprendidos.
Soy el centro de una atrocidad.
Qué dolores, qué tristezas, debo de estar dando a luz.

¿Puede semejante inocencia matar y matar? Ordeña mi vida.
En la calle los árboles se secan. La lluvia es corrosiva.”
(Sylvia Plath, TRES MUJERES.)

La maternidad es sobre todo cuerpo henchido y deseo de expulsión

“Ahora Soy una montaña en medio de mujeres como montañas.
Los médicos se mueven entre nosotras como si nuestro tamaño
Perturbara la mente”
(id.)

deseo-de-vacío

Es la madre la que abandona, porque arroja al hijo al mundo, no soporta retenerlo

“No estoy preparada para que algo me suceda.
Debería haber asesinado a lo que me asesina”
(id.)

Orfandad que se revierte en deseo de muerte: “Muerte de la madre por el fuego, poema primero del inconsciente” P.M. p.13 Este, el poema originario, el que finalmente invertimos en la culpa: Marchant comentando un poema de Parra - dejémoslo hablar:

“Mi madre me había abandonado”: interpretación simplista, interpretación del hijo: la acción, la iluminación del poeta alejó a la madre, madre que muere por el acto, primero heroico, luego culpable, del hijo. Ciertamente el ritmo, en la frase, se abandona, abandono: “Mi madre me había abandonado”. Pero, paso del contenido manifiesto al contenido latente, necesidad de leer la frase de forma activa; el abandono de la madre como acción de la madre: “Mi madre me había abandonado” -ella. Ella, origen de la acción, de la iluminación del poeta; ella le dio la idea del fuego, ella le entregó los fósforos, símbolo masculino, la caja, símbolo femenino. La muerte de la madre, idea de la madre; muerta, *poema* de su muerte, la madre se separa, ella, del hijo. Y el hijo, huérfano por la acción de la madre, huérfano de madre, huérfano de roca, pasa a ser, se convierte, él mismo, en roca. Abandono de la madre, acción que, como abandono, es pecado de la madre. (P.M. p14)

Si el útero no expulsa el hijo se pudre

Y por esto la madre es - en sentido estricto - la condición del viaje.

Sólo pervirtiendo el sentido uterino del suelo hacia una maternidad del *desamparo*, es posible concebir la escritura, esto es, la pertenencia al suelo americano

Pero Penélope - la que espera abandonando - urde enigmas:

Qué dice una maternidad del desamparo. ¿Acaso un no-sitio? Antes: ¿qué nombramos cuando nombramos suelo americano?

Por de pronto el desamparo de Desolación, “la escritura de la desolación como fin de la desolación.” P.M 249

En segundo término una diferencia.

Diferenciar(se) indica un distanciamiento y un límite. Algo que (se) diferencia de otro se aleja, al tiempo que fija deslindes. Entre ambos lindes queda un intersticio irreconciliable, en otras palabras, una diferencia emplaza un *páramo*.

El páramo no es aún ni lo propio ni lo ajeno, tierra de muertos, el habla de los muertos citando a Rulfo¹¹

“-¿Eres tú la que ha dicho todo eso, Dorotea?”

un cierto tipo de “transición” que los hace posibles y a la vez comprensibles. ¿Qué significa estar-en-páramo? Por lo pronto, haber

¹¹ El texto es hermoso e intrigante. Por su extensión no es posible colocarlo completo.

Véase Pedro Páramo, p.100-2, F.C.E, 1991 (3ª edición, 8ª Reimpresión)

perdido el lugar propio. Esta pérdida señala una partida hacia lo ajeno, y ese partir hacia lo ajeno es un *exilio*. Entonces el problema de los primeros filósofos fue pensar el exilio que les hizo patente su falta de lugar¹². Pero Falta es también un tipo de “lugar”: el páramo, es decir, la dilatación indefinida donde se hace posible un discurso u otro. Este intersticio sin medida es la condición de posibilidad de otro pensamiento. Fue esto lo que Anaximandro nombró como *apeirón*, lo indefinido. Pero además agregó: “según necesidad de deuda las cosas se pagarán castigo unas a otras, según la sanción del tiempo” a causa de cierta injusticia cometida al determinarse como un algo. Es este castigo el que resuena en el abandono¹³. Lo *apeirón* reclama como necesidad el definirse, ponerse límites, y límites es improntar con nombres y sentidos las cosas. Pero este gesto de don implica, desde ya, una falta (*amartía*). A este improntar lo-otro lo llamamos fundar. El fundar, aun cuando, en cierto sentido, posterior a la falta (por ende a la pérdida) sigue siendo Falta, abandono de la pérdida, pérdida de la pérdida, entonces de la Madre, lo que nos habla de un segundo sentido de Exilio, como *viaje a través del páramo hacia el encuentro de tal impronta: los nombres esperados*.

Sin embargo, ¿qué define al exilio como tránsito? - Un Destino.

El Exilio abre destino, antes bien, el destino se hace patente en el Exilio, pues, destino no es el fin del viaje, la signatura teleológica. *Destino es hacia lo cual queda vuelto o torcido algo desde su partida* - origen. Si diferencia acontece como corte intersticial, el cómo se lleve a cabo la incisión a sí mismo se desplegará la fundación posterior. La incisión determina ya una torsión-del-lugar, un sentido del discurso, y se ésta cae desde la casualidad, entonces oblicua¹⁴ se hunde en la tierra, como el tronco del árbol muerto.

El nombre de lo americano, el origen de lo americano es Destino, entonces la mueca del origen, el gesto burlón de los dioses, de la Madre, esto es, el gesto no-derecho (o no de Derecho) el surco oblicuo.

Finalmente. El suelo, la pertenencia, la escritura no apoderan como un conquistador apodera un tesoro, como algo que está ahí previamente: la Ciudad de Oro: Pacha Pulai.

¹² Imágenes cruzadas. El origen de la filosofía como el exilio jónico en las costas de Turquía, por allá en el siglo XII a.C. Este exilio primordial, revisitado como exilio americano, la nueva jonia: la ciudad de los césares. Aun cuando la auténtica ciudad americana es Comala.

¹³ *Abandonar* proviene del francés *abandonner* y deriva de *laisser à bandon*, “dejar en poder (de alguien)”; *bandon*, “poder, autoridad”; y éste, a su vez, del germano *Bann*: mando o jurisdicción, orden de castigo.

¹⁴ Oblicuidad señala aquí, también la cualidad de Apolo *LOXIOS* – el “chueco”. Patrono de Edipo, de Tiresias, esto es, del vidente.

El suelo, la pertenencia y la escritura americana se dan en su propio encuentro, en el exilio del que está - paradójicamente - *demasiado dentro*.

Mauricio A. Barría Jara
Agosto 2002

